

## **LA SOLIDARIDAD EN UNA ECONOMÍA LIBRE\***

**Mons. Luciano Mendes de Almeida  
y Carlos Urenda**

¿Qué se entiende por solidaridad en una economía de libre mercado?  
¿Cuáles son los desafíos materiales y culturales de hoy y cómo  
deben encararse en una sociedad libre? ¿Qué principios y valores  
deben informar el orden económico y social?

Estas preguntas son abordadas en las páginas que siguen por el  
Obispo de Marina (Brasil), Monseñor Luciano Mendes de Almeida,  
quien expone la visión del magisterio de la Iglesia Católica, y por el  
abogado chileno Carlos Urenda, quien presenta su visión como em-  
presario privado.

---

\* Ponencias presentadas en el Congreso Latinoamericano de Empresarios Cristianos (ACDE-Uniapac), efectuado en Buenos Aires entre el 28 y 30 de marzo de 1996.

## LA CULTURA SOLIDARIA EN UNA ECONOMÍA LIBRE\*

**Mons. Luciano Mendes de Almeida**

**H**e estructurado esta exposición en base a cinco puntos que denominaremos cuadros y que nos permitirán profundizar en este complejo tema de la solidaridad en una economía libre.

1. LA REALIDAD

El primer cuadro parte de un cuestionamiento inicial: ¿Cuál es la realidad en la cual vivimos?

Juan Pablo II, en *Centesimus annus*, reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada, de la responsabilidad por los medios de producción y por la libre creatividad humana en el sector de la economía. Así que este caso que hoy consideramos de la economía libre, lo haremos compartiendo esta visión positiva de la palabra del Santo Padre.

A la luz de la enseñanza de la doctrina social, entendemos que *libre* significa también la justa autonomía, la posibilidad de desarrollo sin demasiadas restricciones por parte del Estado. Por otro lado, la economía libre está subordinada a otros valores y dimensiones de la sociedad, que incluye en esta subordinación reglas y modos de actuar que obedecen a criterios no únicamente económicos, una vez que sabemos que hay necesidades colectivas que no pueden ser satisfechas por la lógica del mercado. Hay personas que no llegan a entrar en el mercado y necesitan ser atendidas y hay bienes que no se reducen a mercaderías. También la doctrina de la Iglesia ve la necesidad de controlar el mercado de modo de garantizar la justicia y la equidad.

---

MONS. LUCIANO MENDES DE ALMEIDA. Obispo de Mariana, Brasil. Vicepresidente de CELAM y miembro de la Comisión de Justicia y Paz del Vaticano. Ex presidente de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil.

\* Versión adaptada (tomada de *Revista Empresa*) de la exposición que presentó Mons. Mendes de Almeida en el Congreso Latinoamericano de Empresarios Cristianos (ACDE-UNIAPAC, Buenos Aires, 28-30 de marzo de 1996).

Éste es el primer cuadro de realidad que todos sin duda conocen por la vida de cada día.

## 2. LA EXCLUSIÓN

El segundo cuadro es una consecuencia del primero: la exclusión. Al mismo tiempo que estos valores son promovidos por el sistema de economía libre, hay otros aspectos y situaciones que contrastan con los valores positivos indicados y revelan límites en la aplicación de la economía libre. En una palabra, es la marginación o la exclusión.

La creciente cualificación de los trabajadores para garantizar la productividad y mejoría del producto lleva a la automatización y al perfeccionamiento de procesos que causan dificultades para que muchos puedan entrar en el mercado del trabajo. Éstos no están cualificados ni pueden —por edad y otras limitaciones— aprender lo necesario. Con la disminución de las oportunidades de trabajo, menos obreros consiguen empleo. La mayor dificultad para encontrar nuevas plazas laborales la viven los desempleados y los jóvenes, a quienes se les cierran las puertas de entrada a este mercado.

¿Cuál es la consecuencia? Crece el mundo de los marginados. Separaciones de familias, niños abandonados, mendigos en las calles, degradación sexual, drogadicción, alcoholismo, mafia, narcotráfico, violencia, desorientación. Entre los pueblos indígenas cuando se cierra el horizonte de la vida, como lo vivimos hoy en Brasil, los jóvenes se suicidan. ¿Cuál será la salida cuando se cierra el horizonte del futuro para tantos que viven excluidos?

No se trata sólo de crecer para trabajar y ganarse la vida con honestidad, sino de luchar para sobrevivir, con cualquiera de los medios, sean morales o no, que se puedan encontrar. Se crean ilusiones preciosas: el ganarse fácilmente la vida, la lotería, el recurso al hurto, al secuestro, la entrada en el narcotráfico. La búsqueda de trabajo causa la movilidad humana, por eso la zona rural está cada vez más despoblada y se da la sobrepoblación de las grandes ciudades, sin opciones de trabajo para todos.

Hay también consecuencias mayores en el nivel de las naciones. Exclusión de naciones enteras, incapaces de competir en el mercado. Son prácticamente abandonadas y ya no pueden producir ni entrar en el mercado. Los otros países se desinteresan. Es el caso de Somalia.

En el último Foro Económico Mundial, en marzo de 1996, en Davos, Suiza, que es la capital de la mundialización, había dos mil líderes de

la economía mundial. En la publicación *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Romanet decía que de hecho estos dos mil líderes, contemplando la realidad, estaban de acuerdo en que era necesario combatir la inflación, reducir el déficit público, perseguir la política monetaria restrictiva, dismantelar el Estado providencialista, estimular el libre comercio; pero por vez primera entró la inquietud entre los dos mil líderes ahí presentes. El período de la euforia se acabó, hay desempleo creciente, empobrecimiento, conflictos entre pobres y ricos, aumento de terrorismo y de violencia.

### 3. UNA SOLUCIÓN: LA SOLIDARIDAD

Hablamos de un primer cuadro que es la realidad, un segundo que deviene como consecuencia: los excluidos. Planteamos ahora el tercer cuadro, definido en una solución: la solidaridad.

A la luz de la doctrina de la Iglesia, promovemos la dignidad de cada persona, de toda persona humana, y la destinación universal de los bienes creados por Dios para todos. Hoy, ante la exclusión de tantos, queremos unimos al Santo Padre Juan Pablo II. Siguiendo su reflexión, sobre todo en *Sollicitudo rei socialis*, entender el mensaje que nos entrega: “La solidaridad no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas excluidas, sean cercanas o lejanas, al contrario, es una determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y de cada uno para que todos seamos responsables de todos. Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el pleno desarrollo es el afán de ganancias y la sed de poder. Tales actitudes y estructuras de pecado solamente se vencen con la ayuda de la gracia divina, mediante una actitud diametralmente opuesta, esto es, la entrega por el bien del prójimo, que se está dispuesto a ‘perderse’ por el otro, en lugar de explotarlo, y a servirlo, en lugar de oprimirlo para el propio provecho”.

Esta actitud de solidaridad debería convertirse en una *cultura solidaria* que se aprenda desde la familia, en las escuelas, en la vida de cada día de los cristianos.

Juan XXIII, en *Mater et magistra*, señala que la prosperidad económica de un pueblo consiste más que en el número total de bienes disponibles, en la justa distribución de los mismos. De forma que queda garantizado el perfeccionamiento de los ciudadanos, fin al cual se ordena por su propia naturaleza todo el sistema de la economía.

Hay, por lo tanto, una necesidad de hacer el paso de la economía a la política, porque las últimas decisiones corresponden al poder político, que tiene como finalidad la realización del bien común (Pablo VI, *Octogesima adveniens*).

La razón de ser de tantos de nuestros gobiernos radica por completo en el bien común (*Pacem in terris*). Este bien común, según *Gaudium et spes*, es el conjunto de condiciones de vida social que hacen posible la asociación de cada uno de sus miembros en el logro más pleno y más fácil de la propia perfección.

El magisterio de la Iglesia se propone siempre no presentar soluciones técnicas, sino valores y principios que no pueden faltar en nuestra vida personal y de la sociedad. Así que el magisterio de la Iglesia defiende a los pobres para que el bien común redunde en provecho de todos. Es necesario que los hombres de gobierno tengan especial cuidado por los ciudadanos más débiles que no pueden defender sus derechos y asegurar sus legítimos intereses (*Pacem in terris*).

En la doctrina nuestra de América Latina, que es como un eco de todo lo que dice el Santo Padre, nosotros tenemos en el documento de Santo Domingo la afirmación de esta solidaridad:

Conscientes de que se está creando y gestando un nuevo orden económico mundial, que afecta a América Latina y el Caribe, la Iglesia, desde su perspectiva, está obligada a hacer un serio esfuerzo de discernimiento. No puede haber una economía de mercado creativa y al mismo tiempo socialmente justa, sin un sólido compromiso de toda la sociedad y sus actores con la solidaridad, a través de un marco jurídico que asegure el valor de las personas, el respeto a la vida y a la familia, la justicia distributiva y la preocupación efectiva por los más pobres.

Así que este programa de solidaridad, que vale para todos como una salida para el futuro de la humanidad, dice mucho para nosotros cristianos.

Nosotros los cristianos tenemos una luz especial sobre la dignidad de la persona humana. Cada uno es amado por Dios como hijo.

- Una luz especial sobre la solidaridad, la misma que nosotros llamamos fraternidad. Hijos e hijas del mismo Padre, salvados por Jesús y llamados juntos a la comunión.
- Una luz especial sobre las virtudes cristianas: sobre todo por el perdón, que vence las discriminaciones y los resentimientos.

- Una luz especial sobre la vida y la muerte, como destinados que somos a una vida eterna.
- Una luz especial, más que todo, sobre la gracia de Dios, que nos ayuda a hacer más y a esperar siempre.

#### 4. UNA PREGUNTA: ¿Y EL FUTURO?

El cuarto cuadro se define en una pregunta. Es un reto nuevo y de difícil solución.

El trabajo, desde el punto de vista de la doctrina social, es necesario para la realización de la dignidad de la persona humana y para que cada uno pueda, con libertad, disponer de los bienes indispensables para sí mismo y para los que de él dependen.

Pero con la disminución de ofertas de trabajo, a la luz de las tecnologías modernas y la necesidad de educación para la cualificación, que no todos pueden alcanzar, ¿qué futuro hay para las nuevas generaciones? ¿Nuevos servicios? ¿Será que el desempleo no es un *indicador* de tiempos nuevos?

Será necesario prever un nuevo orden económico social, que asegure para todos educación, ocupación, mejores condiciones de vida, pero abriendo posibilidades nuevas, no tanto en el trabajo remunerado como en el énfasis de la presencia de la familia, de los amigos, del arte, de la artesanía, del deporte, del conocimiento de la historia, de la naturaleza, del turismo, de la oración, asegurando para todos condiciones de una vida digna. ¿Cómo podemos prever estos tiempo del futuro?

#### 5. UNA ESPERANZA

Finalmente, el último cuadro a que haremos referencias es la *esperanza*.

La contribución de los empresarios cristianos para que la empresa libre pueda cumplir su misión dentro de los límites que le caben, es también para que la solidaridad consiga disminuir con rapidez el número de los excluidos, ofreciéndoles condiciones para superar esas dificultades. Esto nos obliga a un pequeño programa de acción:

Primero: *renovar nuestra fe en Dios Padre*, que conduce la historia y que no faltará con su luz y su fuerza, su gracia, para que encontremos

soluciones adecuadas. En todas las épocas de la humanidad fue así, y en la nuestra lo será también.

Segundo: *unir fuerzas*, nuestras fuerzas de cristianos, en la vida coherente personal, familiar, comunitaria y de empresarios. Unir nuestros pueblos y naciones, para que encontremos soluciones comunes en el intercambio de diálogo, estudios y experiencias.

Tercero: *invertir más en la formación de la conciencia*, para que los criterios éticos estén en la base de las decisiones políticas y económicas.

Cuarto: *contribuir a la educación capacitando a las nuevas generaciones* para los nuevos desafíos, respetando las culturas, las diferencias, con pluralismo religioso, sustentando en común la dignidad de las personas a la luz del Evangelio.

Quinto: hacer lo que se pueda para *ofrecer ya, ahora, opciones de trabajo*, clima de solidaridad, cambio de vida personal. Aquí, el Santo Padre siempre insiste en este *cambio de vida personal*, una vida más sencilla, austera, que la abundancia de unos pueda remediar la necesidad de los otros, según la enseñanza de San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios.

### Nuestro compromiso

Finalmente *es necesario el compromiso para asegurar leyes que permitan que los beneficios sociales sean para todos* y en primer lugar para los empobrecidos, asegurando a todos la posibilidad de tener condiciones para vivir sus derechos y cumplir sus deberes, para que se cumpla la palabra de Jesús: que todos tengan vida. Derecho de *vivir*, de nacer y de mantenerse en la vida, de vivir con dignidad —vivienda, alimentación, salud, trabajo, participación—, de convivir en armonía con los otros, superando discriminaciones, resentimientos, vivir en la justicia y la paz; de creer y *esperar*, derecho de descubrir la verdad, de conocer el mensaje de Jesús, la tolerancia, el pluralismo religioso.

Pidamos pues a Dios, por intercesión de Nuestra Señora, que podamos contribuir a una economía solidaria, que sea expresión viva del mandamiento nuevo de Jesús, signo del Reino de Dios entre nosotros, y, por qué no, contribución desde América Latina para un nuevo orden social en todo el mundo.

## ECONOMÍA LIBRE Y SOLIDARIDAD:

## POBREZA MATERIAL Y ESPIRITUAL

**Carlos Urenda Zegers**

En cuatro años más entraremos al siglo XXI y por desgracia persiste en el mundo una porción muy importante de seres humanos, muy cercana al tercio de ellos, que vive todavía en extrema pobreza material, y una cantidad que puede ser mayor que vive en una pobreza espiritual oculta muy grave y desgraciadamente creciente, que se traduce en insatisfacciones, desilusiones, infelicidades, vacíos espirituales y enfermedades mentales, estados psicológicos que se proyectan hacia la búsqueda de sensaciones y placeres, que el acostumbramiento hace que cada vez deban ser más sofisticados, o en una incapacidad total de ganarse la vida por sí mismos, que necesariamente conducen al quebrantamiento de la moral y a la corrupción y a que sea del todo imposible llegar a tener una sociedad tan solidaria como para que se descarte la necesidad de preocuparse del tema de la pobreza tanto material como espiritual.

Ello ocurre en circunstancias de que el siglo XX se caracterizó por descubrimientos científicos y avances tecnológicos que han hecho posible sostener que el mundo se ha transformado y que durante esta centuria la humanidad progresara bastante más que en los 10.000 años anteriores. Ello como consecuencia, fundamentalmente, del uso de fuentes de energía consumibles, como el carbón, el gas y el petróleo, del progreso de la ciencia biológica y nuclear, de los procesos de producción y de comercialización, de las comunicaciones, mecanización y automatización, de la computación y, en general, de tanta innovación y creación, producto del enorme desarrollo de la investigación científica y tecnológica que multiplicó varias veces la productividad del esfuerzo humano, que primitivamente se basaba en forma exclusiva en su esfuerzo físico y en el uso de herramientas accionadas por la fuerza muscular del hombre. Han contribuido muy poderosamente a este progreso factores intelectuales, tales como la división de los poderes

---

CARLOS URENDA ZEGERS. Abogado. Fundador y actual miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.



del Estado, la división del trabajo, la limitación de las responsabilidades patrimoniales, la posibilidad de dividir y fraccionar el derecho de propiedad sobre los bienes materiales e inmateriales por medio de sociedades con responsabilidad limitada, como las de este nombre y las anónimas, y las comunidades, el reconocimiento del derecho de dominio sobre los productos de la creatividad de los hombres, o sea la propiedad intelectual (patentes de invención y marcas comerciales) .

Todo este progreso, sin embargo, aparece seriamente neutralizado, en cuanto a su contribución al bien común y a la felicidad del hombre, por el avance implacable del materialismo hasta hacerse incontrolable, producto, por un lado, del progreso y la exacerbación de los apetitos materiales —favorecidos por el creciente ocio provocado por la mecanización y el desahogo económico resultante de la mayor productividad— y, por el otro, del deterioro moral y menosprecio y relativización de los valores espirituales por el concepto de modernidad y progreso que se encargan de difundir quienes se empeñan en justificar su pasado, atribuyendo el fracaso de la doctrina que una vez sustentaron a los errores humanos de quienes la aplicaron, y tratan de construir una alternativa ideológica del marxismo, constituyéndose en sus sucesores intelectuales dentro de la filosofía de subordinación del hombre al Estado, de la inexistencia de derechos naturales anteriores al Estado que éste debe respetar por ser propios de la naturaleza humana, y de la supremacía de la igualdad por sobre la libertad.

Lo concreto es que siguen empeñados, ahora con otras caras, en la destrucción consciente o inconsciente de la civilización cristiana occidental.

#### LA TIERRA Y EL HOMBRE

¿Cuál es la causa de que tanto progreso no se haya traducido en un mayor bienestar y una mayor felicidad para las grandes mayorías de seres humanos que habitan la tierra, que pudo haber reducido a un mínimo el número de los marginados? ¿Podríamos pensar que se ha llegado al límite de la capacidad de la tierra de entregarnos los bienes que necesitamos para satisfacer las necesidades esenciales del hombre? ¿O que hemos llegado al límite de la capacidad del hombre para conocerse a sí mismo y para conocer el mundo que lo rodea? ¿Es que el hombre ya agotó toda su potencialidad intelectual, moral y espiritual?

Todo pareciera indicar que la respuesta a estos grandes cuestionamientos es claramente negativa.

No podemos concebir un universo que no contenga en sus entrañas todo aquello que el hombre necesita para satisfacer sus necesidades y tampoco podemos concebir un hombre incapaz de conocerse a sí mismo en toda su potencialidad y de conocer mejor el universo y detectar todo su contenido de bienes y valores.

El libro del Génesis, refiriéndose a la creación del hombre, sostiene que Dios dijo: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueva sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen Suya; a imagen de Dios lo creó. Creólos varón y hembra. Y echóles Dios Su bendición y dijo: creced y multiplicaos y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella y dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra”.

Para quienes hacen suya la teoría de Charles Robert Darwin, desarrollada en su obra *Origen de las especies*, que atribuye su creación a la evolución progresiva de la materia y la transformación de las especies a través de miles y miles de años hasta llegar a lo que hoy es la tierra y lo que hoy es el hombre, no resulta tampoco razonable pensar que esta evolución se haya detenido bruscamente en términos de que la tierra haya llegado a ser incapaz de proporcionar al hombre todo lo que él necesita para subsistir dignamente y de que el hombre mismo termine siendo un ser limitado, incapaz de conocerse a sí mismo y de conocer el medio a su alrededor.

Tenemos que llegar, necesariamente, a la conclusión —acerca de la cual yo no tengo personalmente ninguna duda— de que la humanidad se encuentra a medio desarrollo, que recién se está ‘rasguñando la corteza terrestre’, y que la capacidad creativa y los conocimientos del hombre de sí mismo y de su medio o entorno están ‘en pañales’, y que queda todavía muchísimo por aprender. Tenemos también que concluir que es responsabilidad del hombre, que es el único ser viviente inteligente que tiene conciencia de los derechos y deberes que hacen posible la vida en sociedad dentro de un Estado de Derecho, organizar la sociedad sobre bases que hagan posible que la formación y educación del hombre constituyan su máxima prioridad para que afloren en él todas sus potencialidades intelectuales, espirituales y materiales con que lo dotó el Creador, que le permitan distinguir el bien del mal, elegir la mejor alternativa en cada una de sus decisiones, y para que en beneficio de toda la humanidad pueda primero conocer y después explotar el universo para obtener de él todos los bienes materiales e inmateriales aprovechables y útiles que contiene.

Resulta evidente, en consecuencia, la responsabilidad de los hombres, y entre ellos de los más capaces, de contribuir y liderar todo lo que

haya que hacer para poner término cuanto antes a la miseria material y espiritual en que vive todavía, a fines del siglo XX, una parte tan importante de los habitantes del planeta.

S. S. Juan Pablo II en *Centesimus annus* sostiene: “El principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que puede satisfacer las necesidades humanas”.

El Presidente Kennedy dijo: “Nuestros problemas son fabricados por el hombre, por lo tanto, pueden ser solucionados por el hombre. El hombre puede ser tan grande como lo desee”.

Éste es el desafío para el siglo XXI.

#### LIBERTAD Y DIGNIDAD

Se ha sostenido que nos encontramos frente al fin de la historia. Con ello parece querer decirse que la teoría actual del Estado y de la sociedad, después de la caída de los socialismos reales, que supuso al mismo tiempo la desaparición de los Estados todopoderosos, el reconocimiento de la libertad sin adjetivos como el bien máspreciado del hombre y la valorización de la persona por sobre el Estado, no admite ya una mayor evolución ideológica, habiéndose agotado las ideas y el proceso de investigación de una mejor doctrina filosófica que sirva de fundamento a la sociedad y al Estado.

No concuerdo con esta idea. Creo que es dinámico e incesante el proceso de perfeccionamiento de la sociedad y del Estado y que tal proceso no se detendrá hasta el fin del mundo, pues no creo que antes se agoten las posibilidades del hombre de conocerse a sí mismo y al universo.

Hay pensadores que han influido enormemente en mi propio pensamiento y cada vez que tengo algo que decir acerca del Estado y la sociedad, recuerdo hasta con majadería lo que ellos una vez dijeron.

Jean-Jacques Servan-Schreiber, en su obra *Desafío radical*, sostenía:

Lo que hay que abolir es una absurda y total concentración del poder público a nivel del Estado, así como del privado a nivel del patrón.

El nacionalismo ha corroído, particularmente en nuestro país (Francia), la fundamental y noble noción del ‘servicio público’.

Precisamente para preservar los derechos llamados soberanos del Estado, para poder, negando la realidad del imperio planetario —y

minucioso— de la economía, trabajar en el interior de la nación, el funcionario se ve obligado a actuar dentro del cuadro de una jerarquía casi militar, dando órdenes al pueblo, sin recibir las de él, ni en realidad, según reconoce ahora todo el mundo, de sus representantes.

Difundiendo el poder público en todos los sitios donde realmente puede actuar, nosotros cambiaremos esta naturaleza de las cosas, como la cambiaremos para el poder privado. Y lo haremos en nombre de una sola y misma idea: arrancar en todas partes, donde podamos, el poder a la fatalidad, para darlo a los hombres.

Según cuáles fueren el marco, la naturaleza, el lugar del poder, hay que dar, de una vez para siempre, a los ciudadanos de mañana, una influencia efectiva sobre las orientaciones, sobre las decisiones, de las que depende su vida.

¿Qué harán con ella? A ellos toca responder. En cuanto a nosotros, los de esta generación, que debe, de un solo golpe, liquidar las secuelas de la escasez y librarse del dogal de la economía, habremos cumplido nuestra tarea. Otros intentarán lo demás.

No necesito exagerar la importancia de estas ideas, por provenir, precisamente, de un líder radical francés contemporáneo.

Ya en el año 1835, Alexis de Tocqueville, volviendo de un viaje a Estados Unidos, sostenía en su obra famosa *Democracia en América*:

Veo una muchedumbre de hombres semejantes e iguales que giran sin reposo en torno a sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres, que les llenan el alma.

Por encima de ellos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga por sí solo de asegurar el bienestar y de velar por la suerte de todos.

De este modo, tal poder vuelve cada día menos útil y más escaso el empleo del libre albedrío: limita la acción de la voluntad a un espacio pequeño y, poco a poco, arrebatada a cada ciudadano hasta el poder de disponer de sí mismo. La igualdad ha preparado a los hombres para todas estas cosas: los ha dispuesto para que las sufran y a menudo hasta para que las consideren un bien.

Este soberano extiende sus brazos hacia la sociedad entera; cubre la superficie de ésta con una red de pequeñas reglas complicadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más originales y las almas más vigorosas no podrán sobresalir de la muchedumbre; este soberano no quiebra las voluntades, pero las ablanda, las pliega y las dirige; rara vez obliga a actuar, pero se opone continuamente a que se actúe; no destruye: impide nacer; no tiraniza: molesta, comprime, enerva, extingue, embrutece, y reduce en fin a cada nación a un mero rebaño de animales tímidos e industriosos cuyo pastor es el Gobierno.

Kant, a fines del siglo XVIII, sostenía: “Nadie ha de obligarme a ser feliz en conformidad a su concepción del bienestar de los demás, porque cada cual ha de buscar su felicidad en la forma que mejor le parezca, siempre y cuando no interfiera con la libertad de los demás para perseguir un fin similar que pueda ser compatible con la libertad de todos según una ley general”.

Trotsky reconoció que “el control monopólico del empleo por parte del Estado tornará ilusorio el ejercicio de la libertad para disentir”.

En nuestros días, pocos pensadores modernos analizan mejor que Michael Novak las causas del subdesarrollo en Latinoamérica. Sus opiniones son tanto más valiosas cuanto que provienen de un pensador que evolucionó desde su adhesión política en los años 1960-1970 a las posiciones de Robert Kennedy y George McGovern hacia el ‘neoconservantismo’, o más bien, según él, hacia el ‘neoliberalismo’, dentro de una brillante actividad como profesor, investigador y escritor, considerado como uno de los líderes del pensamiento católico moderno de su generación:

El desarrollo en el Hemisferio Sur ha sido planeado y guiado de acuerdo con principios socialistas, que suenan muy bien, pero que no resultan en la práctica.

Las instituciones socialistas se hunden en la burocracia. Vinculan el desarrollo económico al control estatal, lo que engendra una dependencia peligrosa, que de hecho impide el crecimiento.

La realidad abrumadora es que América Latina es un continente inmensamente rico en recursos naturales. Sus posibilidades son realmente sorprendentes. Al mismo tiempo, está aferrada a sistemas tradicionales que asfixian muchas de sus posibilidades o, por lo menos, no les permiten desarrollarlas.

Considerando que Japón es un país tan pequeño comparado, por ejemplo, con Brasil, ambos tenían la misma población de 118 millones en 1980, pero Japón produce el 10% del producto bruto mundial, mientras Brasil produce menos del 1%. No son los recursos naturales los que conducen a la riqueza. Si ello fuera así, Brasil sería rico y Japón pobre. Y no es la tal llamada sobrepoblación o la densidad de la población la que impide el crecimiento.

La extremadamente pesada tarea del Estado en todos los aspectos de la vida y los estrechísimos márgenes concedidos a la creatividad de las personas, especialmente de las que están en la base misma de la sociedad, impiden el crecimiento. Es difícil pensar en Brasil como del tercer mundo o subdesarrollado; sus ciudades son modernas, llenas de vida y están creciendo. Pero su crecimiento y desarrollo se realizan sobre una base muy estrecha y una gran proporción de sus gentes parece quedar al margen.

Cuando estuve en América Latina, deliberadamente dediqué el mayor tiempo posible a gente de la izquierda —en las iglesias, en la

Universidad, en periodismo. Éstas son personas muy inteligentes, capaces y bien preparadas, pero sus ideas son tradicionales y socialistas.

Ello se remonta a la colonización por los países católicos. El suceso histórico decisivo parece haber sido que España y Portugal, después de la Contrarreforma, permanecieron como el baluarte del *ancien régime*. La economía estaba dirigida por el Estado. Era un mundo en que si no había ganancias, no había desarrollo, nada nuevo bajo el sol. Con esta forma tradicional de pensar había siete años de ‘escasez’ y siete años de ‘abundancia’ y no había nada más que hacer que conformarse. En este contexto, la única forma de justicia es la ‘justicia distributiva’. Si no puede incrementarse la riqueza, el único imperativo moral será esparcirla.

También creen en la ‘teoría de la dependencia’: si América Latina es pobre, es porque la mantienen así. Y si se les pregunta qué necesitarían para ser liberados, en sus momentos más cándidos dirán Estados Unidos.

En efecto, ese análisis carece de base. El 75% del total de nuestras inversiones fuera de los Estados Unidos está en Europa Occidental, Japón, Canadá y México. Sólo un 16% en total está en América Latina. Y las regiones del mundo que más dependen de los Estados Unidos —Europa Occidental y Japón— ¡por cierto no han permanecido en la pobreza!

Siempre recuerdo la célebre frase de José Ortega y Gasset en su obra *España invertebrada*: “El poder público, ejérzalo un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, sino que las personas tienen derechos previos a la injerencia del Estado”.

No estimo del caso en este ambiente recordar lo que han expresado Santo Tomás de Aquino y las encíclicas de León XIII y Juan Pablo II y otros pontífices y pensadores católicos, que dejan en claro que la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios supone la preeminencia de ciertos valores —derechos naturales o derechos humanos— sobre lo que el Estado o los gobiernos temporales puedan imponerle, y el reconocimiento de su libre albedrío como requisito indispensable para hacerlo responsable de sus actos ante el Creador.

Estas citas de pensadores ilustres de distintas épocas, nacionalidades, experiencias e ideologías, constituyen una demostración imposible más convincente de lo que hoy día ya nadie tiene derecho a ignorar cuando la elocuencia de lo ocurrido en el mundo estos últimos años demuestra inequívocamente que sin libertad el hombre se ahoga, se ablanda y, en definitiva, se inutiliza e incapacita para actuar, y que sólo el reconocimiento de la existencia de derechos del hombre anteriores al Estado, de los cuales la más plena libertad en todas sus manifestaciones es el primordial,

sin otra limitación que la posibilidad de que también la ejerzan los demás, puede rescatarlo del subdesarrollo material y espiritual en el que hasta en nuestros días vive más de un tercio de la humanidad.

#### LA EMPRESA Y EL PROGRESO

La empresa es el instrumento propio de una economía libre que reúne los esfuerzos de los más capaces de los hombres y les permite allegar recursos materiales e intelectuales para asumir la mayor responsabilidad histórica de influir positivamente en el destino del hombre. No es sólo el lugar de encuentro de personas que, ejerciendo sus libertades individuales de elegir su destino, deciden ejercer, asimismo, su derecho a la libertad de asociación, para juntarse con otras personas para hacer uso en conjunto de su libertad económica; es, además, el instrumento más eficiente que se conoce hasta ahora en el mundo entero para aprovechar la creatividad del hombre liberado de las amarras y limitaciones que le impone un Estado todopoderoso y para descubrir y explotar las riquezas del universo para entregar a la sociedad bienes y servicios en la cantidad, la calidad y el precio requeridos por ella y para dar trabajo y remunerarlo y estimularlo mejor, como los factores más sanos y eficientes para terminar con el paro y con los salarios insuficientes y para hacer más justa y equitativa la distribución de los beneficios y despertar con ello las legítimas ambiciones de progreso de los hombres, comprometiendo todas sus capacidades en la tarea de superar el subdesarrollo.

A su justificación filosófica y doctrinaria podemos agregar su justificación utilitaria o material al aprovechar mejor recursos que son muy escasos.

El éxito del empresario depende del éxito de la comunidad a la que sirve. Mientras más sean los consumidores y mayor sea su poder de compra, más grandes serán sus beneficios potenciales.

La pobreza y la incultura son el medio más hostil para la prosperidad del empresario.

El crecimiento y las utilidades de las empresas guardan estrecha relación con el bienestar más generalizado del pueblo.

De este enunciado emana, evidentemente, la conclusión de que a nadie le conviene más el bienestar del pueblo que a los empresarios, de aquí su interés en que la sociedad y el Estado mejoren y su responsabilidad de contribuir a lograrlo, tanto por deber de conciencia como por interés personal.

Mientras haya miseria, ignorancia e insatisfacción en el mundo, como las hay a fines del siglo XX, el desafío que enfrenta la sociedad es el de producir bienes y servicios en la cantidad, calidad y precio a que pueda consumirlos la inmensa mayoría de la población, y ofrecerle a nivel creciente trabajo estable y cada vez mejor remunerado y más estimulante, para que pueda adquirir esos bienes y servicios en la cantidad adecuada para satisfacer sus necesidades esenciales y lograr con ello un bienestar compatible con su calidad de personas y realizarse espiritualmente, logrando con ello la felicidad, que es el objetivo final buscado por el hombre en la tierra.

Y ésta, señores, es la tarea de los empresarios, cuya creatividad y capacidades sólo pueden desarrollarse ilimitadamente dentro de una economía libre, pues son los hombres mejor dotados de condiciones naturales para emplear adecuada y eficientemente los instrumentos que la ciencia y la técnica muestran que conducen a la creación de empleos y a la generación de bienes y servicios mejores y a precios al alcance de las grandes mayorías, aumentando armoniosa y simultáneamente, dentro de un mercado libre, la oferta de estos últimos y la capacidad adquisitiva de la población por obtenerlos a nivel creciente.

En el mundo no existirían problemas de educación, ni de salud, alimentación y de vivienda, o ellos serían mucho menores y fáciles de solucionar, si la población dispusiera de los recursos económicos para pagar sus costos, y con ello tuviera libertad para elegir según su leal saber y entender lo que más le conviene, e igualdad de oportunidades para acceder a lo necesario para ello.

Hemos dejado enunciada la filosofía que inspira y justifica a la empresa privada dentro de una economía libre.

#### ECONOMÍA LIBRE Y ABUNDANCIA

La circunstancia de que la economía libre favorezca la proliferación y fortalecimiento económico de los empresarios y de los capitalistas, al estimular su creatividad y su capacidad de ahorrar e invertir, trae como necesaria consecuencia que favorezca antes, y tal vez en mayor grado, a quienes dependen de su éxito. En efecto, para que capitalistas y empresarios retiren sus beneficios de la empresa, antes tienen que recibir su participación en los ingresos brutos que ella genera, determinada por el mercado, quienes vendieron la propiedad en que ella se instaló, quienes construyeron las oficinas, establecimientos comerciales o fábricas, quienes le suministraron las materias primas y otros bienes materiales e inmateriales incorpora-



dos a los productos y servicios que constituyen su giro, quienes le procuraron los recursos económicos mientras no los generase la empresa, quienes le prestan servicios como profesionales, ejecutivos y trabajadores e, incluso, el Estado por ciertos impuestos no vinculados a las utilidades.

Puede ser que quede un saldo, pero también puede ser que éste no exista; puede ser que el capital acumulado aumente con los beneficios, pero puede ser también que las cosas se echen a perder y el capital acumulado por beneficios no retirados se esfume, como no pocas veces ocurre.

Éste es el riesgo propio del empresario, de la empresa privada dentro de una economía libre, que justifica económica y éticamente que la utilidad la pertenezca legítimamente.

La manoseada teoría del ‘chorreo’, tan vilipendiada por quienes abogan por la justicia social en la distribución de los ingresos, hace que olviden que los únicos que no pueden subsistir si no se produce ‘chorreo’ son los empresarios y la empresa misma y no los trabajadores.

Lo realmente importante es que la empresa se constituya en una herramienta eficaz para que el hombre, por su intermedio, descubra las riquezas materiales e inmateriales que contiene la tierra y las explote, produciendo bienes y generando servicios que satisfagan a nivel creciente los requerimientos de un número cada vez mayor de personas, y para crear empleos en la cantidad y de la calidad necesarias para que toda la población tenga trabajo y que sus ingresos sean suficientes para adquirir esos bienes y servicios, creando así el ‘círculo de la riqueza’ en que la creciente mayor demanda por bienes y servicios estimule su producción, provocando con ello más y mejores empleos, que a su vez aumentan la demanda de bienes y servicios y así, simultánea y armónicamente, se van creando dentro de la sociedad las condiciones para que cada vez haya más personas que puedan ser felices en la tierra al poder satisfacer cada vez en mayor grado sus apetitos y necesidades.

Toda cuota de recursos que se desvíen artificialmente, esto es, por leyes o decretos u otros actos de la autoridad, de la generación de riquezas al consumo a pretexto de equidad o solidaridad —que puede lograrse por otros medios— reduce y retarda el crecimiento económico, y el beneficio que ello trae para el pueblo es menor que el que le produce dicho crecimiento, pues una parte importante de esa cuota va a parar a manos de la burocracia o se derrocha por ineficiencias o influencias políticas, y si una cuota determinada puede no tener una gran influencia y se justifique, una cuota mayor sólo puede tener como consecuencia que los pobres tengan que esperar mucho más tiempo para superar su pobreza.

Tenemos la convicción de que esos recursos, cercenados a quien los genera a pretexto de equidad o solidaridad, cumplen mucho más eficientemente su papel de favorecer a las grandes mayorías cuando su destino lo maneja quien los produce.

#### DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

La investigación científica y tecnológica y la creatividad, eficiencia y productividad de las empresas que traen consigo, que tanto han influido y seguirán influyendo en el futuro en los procesos industriales y técnicas de mercadeo, han reducido y seguirán reduciendo los costos relativos de producción. El crecimiento económico que ello por necesidad provoca directa o indirectamente, generará una demanda creciente y sostenida de más profesionales, ejecutivos y trabajadores, hasta hacerlos escasos al ser disputados por un número cada vez mayor de empresas en permanente crecimiento, lo que sólo puede ocurrir dentro de una economía libre.

Ello constituye la única posibilidad real, sana, eficaz y estable de lograr y mantener un pleno empleo y con ello de mejorar las ganancias reales de los trabajadores más allá de lo que jamás podrán lograr las leyes, y de darles la oportunidad de elegir su empleo equilibrando la capacidad negociadora de empresarios y trabajadores, lo que tanta importancia tiene para su dignidad como personas al favorecer la movilidad social y hacerlos más libres e independientes.

Si la ciencia y la técnica, aprovechadas al máximo por el hombre, hacen que las grandes mayorías puedan pagar su vivienda, su educación y su salud, por su costo relativamente bajo en relación con la creciente capacidad adquisitiva de sus remuneraciones, entonces habrán contribuido a la solución de los más graves problemas que constituyen el ‘cuello de botella’ para el desarrollo económico y social, que obstaculizan el crecimiento económico y que claman por una solución justa sin la intervención directa del Estado, salvo en su papel de guardián del bien común, y con ello no será necesario que se arbitren medidas artificiales para hacer más justa la distribución de la riqueza, ni que el Estado busque recursos por medio de impuestos para crear corporaciones públicas ni para subvencionar a quienes no pueden por sí solos, ni con la colaboración de sus familiares, financiar la satisfacción de sus necesidades, pues estos recursos, conservados y administrados por quienes los generan, tendrían una inmensa mayor productividad en beneficio social.

## SOLIDARIDAD

El grado de solidaridad de una sociedad se mide en relación con la proporción de la población que vive en la pobreza y en la indigencia. Será más solidaria una sociedad en la medida en que este porcentaje se reduzca y que la tendencia se oriente hacia una disminución cada vez mayor, de manera que pueda vislumbrarse que en un plazo razonable —20 años— no habrá pobreza o que ésta quedará reducida a cifras insignificantes de menos de un 10%, desapareciendo la indigencia.

En Chile estamos viviendo una experiencia en esta materia que creo es útil dar a conocer aquí.

La pobreza e indigencia han disminuido de 44,6% y de 16,8%, respectivamente, de la población, en 1974, a un 28,5% y 8% en el año 1994, con un 40% de menores de 15 años incluidos en esas cifras, proceso que se ha acelerado a medida que se ha ido reduciendo el desempleo hasta un nivel del orden del 5% de la población (en 12 años se han creado 700.000 empleos —120.000 en 1995— y una cantidad no determinada pero enorme de nuevos pequeños y medianos empresarios), manteniéndose una tasa de crecimiento económico de 6,5% anual (con tendencia a ser mayor en el futuro cercano, más del 8% en 1995) del producto interno bruto como promedio de los últimos 12 años, y una tasa de inversión que llegó a 26% en el año 1994, con una inflación de alrededor del 8% en el año 1995.

Simultáneamente con la disminución de los índices de pobreza y de indigencia, han disminuido también, y aun en forma más acelerada, los índices de analfabetismo, que hoy llegan a menos del 6% de la población; de mortalidad infantil, que se ha reducido de un 79 por mil en 1970 a 11 por mil en 1994; de alimentación, hasta hacer desaparecer la desnutrición infantil; de sobrevivencia, que hoy es de 72 años de esperanza de vida; de acceso a la educación primaria, secundaria y universitaria, habiendo aumentado de 4,5 en 1974 a 9 en 1995 el término medio de años de escolaridad y reduciéndose de 43% en 1970 a 5% en 1995 los chilenos más pobres que no tienen acceso a la educación básica. El gasto social subió de 1,1%, que era a principios de siglo, a 14% del Producto Geográfico Bruto, y de 38% en 1970 al 60% del total de gastos del Estado el año 1994.

Chile tuvo en el pasado una tasa de desempleo entre el 4,5% y el 6% de la fuerza de trabajo, con un promedio de 5,9% en la década de 1960.

La aplicación por el gobierno militar de una política económica social de mercado trajo como consecuencia que ese porcentaje fuera como promedio de 17,6% entre 1974 y 1983, alcanzando un 27% el año 1982, que se redujo a 24,4% de la fuerza de trabajo en el año 1983, incluyendo en

ambas cifras un 5% en que se consideró como desempleados a trabajadores adscritos al PEM (Programa de Empleo Mínimo) y al POJH (Programa de Ocupación para Jefes de Hogar).

La fuerza de trabajo en Chile entre los años 1960 y 1983 creció en más de 50%, fundamentalmente por la incorporación masiva de la mujer.

En la transición de una economía muy intervenida a una mucho más libre se elevó el desempleo, por la racionalización de la fuerza de trabajo en las empresas privadas para enfrentar la mayor competencia y la disminución del tamaño del Estado.

El gobierno promulgó dos sistemas de ayuda a los desempleados, consistentes en el PEM, vigente desde 1975 hasta 1988, y POJH, desde 1982 a 1988, que más que programas destinados a incentivar un mayor empleo, fueron de carácter asistencial, pues estaban destinados a ayudar a los desempleados con dos modalidades distintas pero parecidas. La primera para procurar algunos ingresos a los desempleados sobre la base de un trabajo meramente formal, y la segunda, para darles algún trabajo a los jefes de hogar sin empleo. Estos programas llegaron en conjunto a 502.800 personas el año 1983 para decrecer a 33.900 el año 1988, en que se suprimieron por haber perdido su razón de ser.

En los años 1976, 1977, 1978 y hasta 1979 se creó un sistema de subsidio a las empresas que contrataran mano de obra adicional a la que tenían al momento de establecerse el sistema, que aprovechó a 35.000 empresas que se beneficiaron con 60.000 bonificaciones.

Estos programas se mantuvieron vigentes hasta que la oferta de trabajo, con remuneraciones muy superiores a los subsidios, los hizo innecesarios al no existir trabajadores ni empresas que se acogieran a ellos.

El respeto a la propiedad privada de los medios de producción y a la empresa privada; el reconocimiento de ella como principal responsable y motor del crecimiento económico; la reducción del tamaño del Estado tanto en el volumen de su propiedad sobre medios de producción como de sus funciones; la privatización de las empresas estatales; la libertad de precios; la reducción de los impuestos y gravámenes sociales; la sustitución del sistema de seguridad social de reparto por uno de capitalización, con la consiguiente implementación de un verdadero mercado de capitales; la modificación y flexibilización de las leyes laborales, sobre todo en cuanto a la movilidad del empleo y a los conflictos colectivos; la apertura de la economía al exterior mediante la libertad para exportar e importar prácticamente sin restricciones; drástica reducción de los aranceles aduaneros y una política cambiaria realista; todo ello en un entorno de estabilidad y credibilidad con amplio amparo constitucional, ha sido la base sobre la cual se hizo

posible el extraordinario crecimiento económico del país que, a partir de 1982, se ha sostenido hasta hoy día, o sea, por 13 años consecutivos, en cifras que ya se han recordado en esta exposición, superiores al 6% anual del PGB y que llegaron al 8,4% anual en 1995.

No se recurrió a ningún programa de obras públicas ni se crearon empresas públicas ni privadas a pretexto de crear empleos, ni se dictaron leyes de inamovilidad, sino que todo lo contrario. La reducción de la tasa de desempleo de 27% a 4,5% de la fuerza de trabajo, entre 1982 y 1995, se debió fundamentalmente a la sustitución de la economía intervencionista y estatista, que fue la normal en Chile desde 1920 hasta 1973, por una economía social de mercado basada en una economía libre, y al crecimiento económico que ello trajo consigo, no obstante las graves crisis económicas mundiales de los años 1975 y 1981-1982, lo que se hace evidente al comparar los resultados alcanzados en Chile con los de aquellos países que perseveran en políticas estatistas e intervencionistas.

Paralelamente, en el mismo lapso y por las mismas razones expuestas, se equilibró el presupuesto del Estado mediante un manejo austero de los fondos públicos y se equilibró también la balanza comercial.

La tasa de desempleo de 4,5% de la fuerza de trabajo puede estimarse razonablemente como de equilibrio, pues si se la compara con la tasa promedio de la década del '60, de 5,9%, y se considera que entre el año 1960 y ahora la fuerza de trabajo se ha incrementado en más de un 50%, se llega a la conclusión de que resulta muy difícil pretender que exista en un país de las características de Chile una tasa de desempleo inferior, sin perjuicio de que se mantenga la aspiración de reducirla hasta lograr el pleno empleo, que nunca es del 100% de la fuerza de trabajo.

Dentro de una economía libre, con una tasa de desempleo inferior al 5% y más de 7% de crecimiento sostenido del PGB, el hombre que tiene un empleo automáticamente deja de ser pobre.

A medida que se van reduciendo los índices de pobreza e indigencia y se llega a lo que se denomina 'pobreza estructural', se va haciendo más difícil seguir reduciéndolos, y entonces la caridad cristiana más que la equidad y la justicia social es el instrumento más adecuado para enfrentarla. En realidad, ese grado de pobreza no tiene solución en plazos previsibles, pues sus causas se vinculan con la cultura, idiosincrasia y condiciones étnicas de los pueblos, y con pensamientos, creencias, costumbres y hábitos tradicionales que sólo pueden superarse a través de varias generaciones.

Por lo demás, siempre habrá hombres que por razones físicas, intelectuales o morales no sean capaces de procurarse con su solo esfuerzo o el de su familia —que es la institución que sin comparación alguna contribu-

ye más a la solidaridad en la sociedad— lo que necesitan para vivir en forma digna, y eso desgraciadamente no se soluciona sólo con el crecimiento económico y requiere que la sociedad disponga de instrumentos para ir en su auxilio. Sin embargo, ello no debe desalentar el esfuerzo de los más pobres por salir de la pobreza por sus propios medios dentro de una sociedad que lo haga posible. La preocupación por la equidad y la justicia social va siendo cada vez menor en directa relación con el aumento de los empleos y de los ingresos y el mayor acceso a la educación, y entonces pasa a ser la caridad cristiana, cualquiera que sea el grado de solidaridad de una sociedad, la herramienta más eficaz para abordar los estados de ‘pobreza estructural’.

#### CRECIMIENTO ECONÓMICO Y SUPERACIÓN DE LA POBREZA

Ya se han uniformado las opiniones en el sentido de que el factor más influyente en la disminución de la pobreza y de la indigencia es indudablemente el crecimiento económico. El crecimiento económico a través de los siglos ha tenido una evolución importantísima y ésta es la razón por la cual los índices de pobreza e indigencia han tenido también una notable disminución a través de los años. Es así que, según estudios confiables, dicho crecimiento en el universo ha sido de 1 a 3% *por siglo* a lo largo de la historia, hasta el inicio de la era Industrial; de 1 a 3% *por década* en la era post-industrial, o sea, desde 1840 en adelante; y ha llegado a ser de 1 a 3% *por año* en la segunda mitad del siglo XX. En Chile se atribuye el 80% de la disminución de la pobreza al crecimiento económico, según estudios serios que no han sido cuestionados.

Sin embargo, el problema sigue vigente, aunque cada vez a un menor nivel, en todo el mundo, pues en ningún país han desaparecido ni los pobres ni los indigentes, y si bien podríamos confiar en que con el correr de los años y mientras se mantengan tasas elevadas de crecimiento económico, el problema podría superarse en gran parte por sí solo, el deber de la sociedad es acelerar al máximo este proceso y generalizarlo a través de todos los países para reducir lo más rápidamente posible el número de personas que sufren las consecuencias de la pobreza, cualquiera que sea el lugar del mundo en que se encuentren.

Peter F. Drucker, experto en administración, internacionalmente conocido, profesor de Ciencias Sociales y Administración de Postgrado, Claremont, y profesor de la Escuela de Postgrado en Administración de Nueva York, sostiene lo siguiente en su obra *The Changing World of the Executi-*

*ve and Innovation and Entrepreneurship*: “La responsabilidad social apropiada para la empresa es convertir un problema social en una oportunidad económica, en capacidad productiva, competencia humana, empleos bien remunerados y riqueza”.

Dada la vinculación existente entre crecimiento económico y disminución de la pobreza, no hay ninguna duda de que la principal tarea del empresario es hacer crecer sus empresas en términos en que cada vez ofrezcan más y mejores productos y servicios a la sociedad y ofrezcan también cada vez un mayor número de puestos de trabajo mejor pagados y más sofisticados.

Las cifras a que ya nos hemos referido nos hacen pensar en este momento que en Chile, y ésta es una opinión muy generalizada en los círculos intelectuales independientes, tal vez antes del año 2010 podremos reducir los índices de pobreza a términos parecidos a los de los países más desarrollados del mundo, o sea a alrededor de un 7 u 8% de la población, lo que es una meta perfectamente alcanzable sobre la base de proyectar hacia el futuro las cifras de crecimiento económico que Chile ha mantenido en los últimos 12 años, de alrededor de 6,5% del producto bruto interno y con una tasa de inversión que ha llegado a un 26% en 1994.

Sin embargo, no es éste el único enfoque con que se debe analizar el grado de solidaridad de una sociedad, pues si bien es cierto que en Chile puede atribuirse más del 80% del porcentaje de disminución de los índices de pobreza, como ya lo hemos dicho, al crecimiento económico, no es menos cierto que debiéramos aspirar a reducir aún más esos índices y lograr, al mismo tiempo, mejorar muchos otros índices de factores directamente relacionados con lo que debe entenderse por solidaridad social.

Lograrlo es una tarea de toda la sociedad que no se cumple sólo con el crecimiento económico. Incluso, el crecimiento económico, al traer como consecuencia mejores niveles de vida y mayor ocio, puede perjudicar el progreso social si no se neutralizan sus efectos negativos en el hombre con el desarrollo de la educación, la cultura, las artes, los deportes y, en general, con entretenimientos sanos (aficiones o *hobbies*) que los aparten de los vicios. Si ello no se logra en la dimensión y generalización que se requiere, se producirá más temprano que tarde un ‘cuello de botella’ que primero estancará y desnaturalizará el crecimiento y después lo irá reduciendo hasta hacerlo desaparecer.

Es tal vez en este aspecto que las palabras de Peter Drucker adquieren mayor importancia, pues si convertimos los problemas de la vivienda, salud, educación, cultura y entretenimiento en “oportunidades económicas, capacidad productiva, competencia humana y empleo bien remunerado y

riquezas”, podremos contribuir cada vez a mejorar la calidad de vida, la sociabilidad y la movilidad social dentro de la sociedad, para hacer más felices a los hombres y con ello estimular su inventiva y creatividad.

En el campo de la vivienda, la educación y la salud, ya existen ideas e instrumentos apropiados dentro de la sociedad civil para lograr ese propósito, y nuestra tarea es mejorarlos y aumentarlos hasta reducir al mínimo la intervención del Estado en su solución.

Para lograr este propósito, una parte de los frutos del crecimiento económico debe orientarse directamente por los empresarios y, en general, por quienes se benefician con el crecimiento económico —como los profesionales, entre otros— a colaborar con quienes por vocación y espíritu público se dedican con eficiencia a realizar una tarea distinta y ajena a las habilidades y motivaciones de los empresarios propiamente tales, y a invertir en empresas que han tenido éxito en la tarea de convertir problemas sociales en oportunidades económicas.

Es aquí donde la Iglesia Católica y la familia tienen muchísimo que decir. En efecto, no hay duda de que a través de los siglos ha sido la Iglesia quien, con más convicción y eficiencia, primero ha proclamado, y ha creado conciencia después, de la necesidad de solucionar estos problemas como deber de conciencia u obligación moral en toda sociedad cristiana, aun debilitando a veces, por su impaciencia, la asistencia espiritual que pobres y ricos, cada vez en mayor número, necesitan con urgencia por igual en un mundo en que la pobreza espiritual está superando cada vez más a la pobreza material.

La familia estable y unida contribuye a hacer cada vez más solidaria a la sociedad, pues es la institución de previsión y seguridad social desproporcionadamente más grande del universo, y en la que las transferencias de recursos económicos y espirituales entre sus miembros ascienden a cifras imposibles de dimensionar y con la máxima eficiencia posible de concebir, sin gastos ni de captación ni de administración de los recursos.

Todo lo que se haga por intervenir e influir y asumir responsabilidades en lo educacional, cultural y social, en general, sea a través de la familia, la Iglesia, las fundaciones o corporaciones sin fines de lucro o las empresas especializadas con fines de lucro que hayan logrado convertir alguno de los problemas sociales en oportunidades económicas, o de cualquiera de las instituciones privadas que en conjunto constituyen la ‘sociedad civil’, es un aporte que constituye e incrementa el grado de solidaridad de una sociedad sin hacer necesario que el Estado asuma esta tarea.

Una buena alternativa en el mismo sentido es radicar en las municipalidades o autoridades regionales las responsabilidades que en materia



educacional, de la salud y sociales conserva el Estado, como una manera de descentralizar efectiva y realmente esas labores, desburocratizarlas, despolitizarlas y de reclutar hacia ellas a las fuerzas vivas de la región, atrayendo aportes económicos e intelectuales que de otra manera no encontrarían cauces para realizar sus vocaciones de servicio público.

El empresario, por tener conciencia de su responsabilidad social o por propia conveniencia, pues nadie se beneficia más con la disminución de la pobreza, el mejoramiento del nivel de vida y la tranquilidad social, debe contribuir con su aporte económico e intelectual para que dentro de la sociedad en que actúa se establezcan y prosperen instituciones e instrumentos creados y manejados por quienes, por su habilidad, vocación y/o generosidad, puedan emplear esos recursos más eficientemente que el Estado. Debe convencerse de que si se deja esta tarea al Estado, se necesitarán muchos más años y muchos más recursos que directa o indirectamente recaerán sobre la empresa, a través de impuestos, para cubrir en mucho menor grado las deficiencias sociales.

Los empresarios, que como ya lo hemos dicho son dentro de una economía libre los responsables de que el crecimiento económico sea cada vez mayor y se proyecte hacia la sociedad entera, deben preocuparse con la máxima prioridad de la educación y de la cultura, que son los factores que más contribuyen a la capacitación de la gente para producir y para trabajar más eficientemente y para ser más libres y dignos. Con ello se favorece la socialización, que no es otra cosa que la adaptación del hombre a la sociedad en que vive y su formación integral (intelectual y moral) para que dentro de ella pueda escalar posiciones económicas, sociales, intelectuales y espirituales cada vez más elevadas, sin otra limitación que su preparación y merecimientos, sin que por razones de pobreza, cuna, raza, incultura e ignorancia o enfermedad no aproveche en plenitud las condiciones y capacidades con que está dotado, lo que constituye la más grande de las responsabilidades para con el Creador y con sus semejantes.